

Formación de Animadores Misioneros

CARPETA 4

La Misión vivida por las Iglesias
de los distintos continentes



Tema 3

LA MISIÓN VIVIDA
POR LAS IGLESIAS DE ÁFRICA

PRESENTACIÓN

“**P**arece llegada la ‘hora de África’, una hora favorable que invita con insistencia a los mensajeros de Cristo a bogar mar adentro y a echar las redes para la pesca (cf. Lc 5,4). Como al inicio del cristianismo, el alto funcionario de Candace, Reina de Etiopía, feliz de haber recibido la fe mediante el bautismo, prosiguió su camino llegando a ser testigo de Cristo (cf. Hch 8,27-39), del mismo modo hoy la Iglesia en África, llena de alegría y gratitud por la fe recibida, debe proseguir su misión evangelizadora, para atraer los pueblos del continente al Señor, enseñándoles a observar cuanto Él ha mandado (cf. Mt 28,20)” (Eaf 6).

Estas palabras vibrantes, como tantas otras de la exhortación postsinodal *Ecclesia in Africa* de 1995, transmiten la vitalidad y la esperanza con las que la Iglesia africana quiere ser fiel a la misión de Cristo; fidelidad en medio de toda clase de dificultades. Es importante conocer cómo los cristianos africanos reflexionan sobre la realidad dramática del continente: lo que el hombre es capaz de hacer y des-hacer.

Si la evolución económica es negativa en estos últimos años, la esperanza sigue viva y es más necesaria que nunca. “A causa de las numerosas dificultades, crisis y conflictos que conllevan tanta miseria y sufrimiento en el continente, hay africanos tentados a veces de pensar que el Señor los ha abandonado, que illos ha olvidado! (cf. Is 49,14). Y Dios responde con las palabras del gran Profeta: ‘¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ésas llegasen a olvidar, yo no te olvido. Míralo, en las palmas de mis manos te tengo tatuada’ (Is 49,15-16). Sí, en las palmas de las manos de Cristo, itraspasadas por los clavos de la crucifixión! El nombre de cada uno de vosotros (africanos) está escrito en esas manos. Por tanto, decimos con gran confianza: ‘El Señor es mi fuerza, escudo mío, en Él confió mi corazón y he recibido ayuda: mi carne de nuevo ha florecido, le doy gracias de todo corazón’ (Sal 28/27,7)” (Eaf 143).

Los signos de esperanza los muestra la Iglesia especialmente en sus testigos, sus misioneros, sus mártires: bienaventurados porque trabajan por la paz. Y muy especialmente en sus innumerables catequistas, testigos de la fe en las comunidades dentro de la vida cotidiana. Ellos son también un rasgo específico de la Iglesia africana, que está asumiendo sin pausa un rostro propio: el rostro africano de la Iglesia.

Desde la realidad

La mayor parte de las imágenes de niños hambrientos, de catástrofes humanitarias de todo tipo, las recibimos desde África. A veces incluso nos sorprendemos al comprobar que un conflicto armado en algún país africano, que creíamos que había acabado, sigue después de varios años. Pero sabemos que es un continente lleno de vida y esperanza. La Iglesia, apoyada en el Señor, reafirma esa esperanza. ¿Cómo los seguidores del Resucitado hacen presente esa esperanza y esa vida? ¿Cuáles son los signos del Reino que la Iglesia hace presente en África?

I. África, ejemplo claro de lo que el hombre hace

En 1960, año en que se produce el llamado “boom” de las independencias, África tenía 240 millones de habitantes. En el 2000 eran más de 789 millones, y en el 2002 ese número había crecido hasta los 861 millones y la densidad de población hasta los 28,28 habitantes por km². Población, por cierto, desigualmente repartida entre los 53 estados independientes y el Sahara occidental (en proceso de difícil autodeterminación). El ritmo de crecimiento es del 3% y se calcula que se llegará a los mil millones de habitantes en el 2005. Actualmente el 42% de la población vive en las ciudades. Más de un centenar de éstas rondan el millón de habitantes, y algunas son megalópolis como El Cairo (17,5 millones), Lagos (10), Alejandría (8,5)... Además, el 46% de los africanos son menores de quince años. De este modo, en las ciudades ha nacido y crece una parte considerable de la población, lo que conlleva desarraigo y cambio cultural: del ámbito rural y de la tribu, con sus tradiciones, a la urbe deshumanizada, lugar a menudo de miseria y lacras sociales.

Y es que el crecimiento de población ha ido de la mano de un empobrecimiento del continente: del año 1950 al 2000, África ha pasado, del 8%, a tener el 13% de la población mundial; al tiempo, su PIB se ha reducido del 3,5% al 2%, y las inversiones extranjeras, del 6% al 1%. África posee la tasa más alta de mortalidad infantil del mundo, y los africanos son los que tienen menos esperanza de vida (de 47 años, frente a 64 en el resto del mundo). Hoy, uno de cada dos niños muertos antes de los cinco años es africano; hace cuarenta años, era uno de diez. De los 40 millones de enfermos de SIDA y seropositivos que hay en el mundo, 24,5 millones son africanos. En 17 países, más del 35% de la población está desnutrida.

Se podría seguir así, dando cifras tan negativas. La explicación, sin querer ser exhaustiva, empieza por reconocer que los conflictos armados y la corrupción

e incapacidad de los gobiernos tienen su responsabilidad: uno de cada cinco africanos vive en zonas de conflicto bélico. El Consejo de Seguridad de la ONU dedica el 70% de su tiempo a las crisis africanas. A punta de metralleta se han apoderado de los gobiernos facciones tribales que yacían latentes bajo el complicado océano político africano. Sin “cultura democrática”, se constata un vacío de conceptos de sociedad y estado, de solidaridad y bien común, y de programas políticos consecuentes. Mala planificación, mercado internacional con precios bajos de las materias primas y altos de las manufacturas, deuda externa abusiva y estrangulante, gastos bélicos y de armamento, epidemias y hambrunas, deterioro de las infraestructuras, reducción de ayudas y créditos..., todo ello da muestras de la situación.

Sobre la realidad religiosa, cabe destacar que los católicos son en total 143 millones (16,60%), 144 son cristianos no católicos, 345 son musulmanes y unos 230 millones (el 26,70%) pertenecen al mundo de las religiones tradicionales. En tiempos del Vaticano II apenas había 40 obispos africanos; hoy son más de 600, en 495 circunscripciones o diócesis, con unos 17.000 sacerdotes diocesanos, 10.200 sacerdotes religiosos, más de 52.500 religiosas (incluyendo las misioneras extranjeras), 361 diáconos permanentes, 7.250 religiosos hermanos, 390.000 catequistas y más de 20.300 seminaristas mayores. La respuesta de la Iglesia debe ser una palabra de esperanza. Según eso, *“como san Juan en Patmos, en tiempos especialmente difíciles, recibió profecías de esperanza para el pueblo de Dios, también nosotros anunciamos un mensaje de esperanza. [...] nosotros, los obispos de África, [...] unidos al Santo Padre [...], queremos pronunciar una palabra de esperanza [...]: ‘¡Cristo, nuestra esperanza, vive y nosotros también viviremos!’”* (EAF 13). La palabra de la Iglesia llama al trabajo animoso: *“A pesar del panorama prevalentemente negativo [...], la Iglesia tiene el de-*

ber de afirmar con fuerza que es posible superar estas dificultades. Su confianza se fundamenta, en última instancia, en la conciencia de la promesa divina, que nos asegura que nuestra historia no está cerrada en sí mis-

ma, sino que está abierta al reino de Dios. Por esto ni la desesperación ni el pesimismo pueden justificarse cuando se piensa en el futuro tanto de África como de las demás partes del mundo” (Eaf 14).

II. El rostro africano de la Iglesia

Hay que tener en cuenta que, en el inicio de la evangelización de los tiempos modernos, el cristianismo llegó a África envuelto en una cultura occidental. Pero también, como siempre, el proceso de evangelización contó con grandes figuras que procuraron entender las culturas de los nativos. Se puede recordar al jesuita André Fernández, quien en 1560, en Mozambique, hizo un estudio profundo de la lengua y cultura de los tonga, observando cómo los conceptos de alma, Dios, cielo e infierno les eran ajenos y difíciles. También cabe mencionar a De Jacobis, en Etiopía, y el rito etiópico; o a los fundadores de los Institutos Misioneros, como Carlos Lavigerie (arzobispo de Argel, que en 1868 funda la Sociedad de los Misioneros de África), San Daniel Comboni (fundador de la Congregación de los Misioneros Combonianos del Corazón de Jesús y de las Hermanas Misioneras Combonianas Pías Madres de la Negricia), Libermann (impulsor de los Misioneros del Espíritu Santo –Espiritanos–)..., que ama-

ron todo lo que es África y pidieron a sus misioneros que fuesen apóstoles y sólo apóstoles.

Pero la mayor parte del proceso evangelizador fue “traducir” y adaptar lo mejor posible el mensaje cristiano y plantar la Iglesia (estructuras, doctrina, organización). “El desafío de la inculturación en África es hacer que los discípulos de Cristo puedan asimilar cada vez mejor el mensaje evangélico, permaneciendo fieles a todos los valores africanos auténticos. Inculturar la fe en todos los sectores de la vida cristiana y humana” (teología, liturgia, costumbres, estructuras) (Eaf 78). Tal desafío sigue también hoy y es el signo de verdadera evangelización. La realidad es notablemente esperanzadora: la Biblia ha sido traducida a la mayoría o casi totalidad de las lenguas africanas, la jerarquía de la Iglesia en África es africana, sus principales instituciones están dirigidas por africanos, y lo mismo los seminarios y universidades como las de Nairobi o Abiyán...

III. África: “Seréis mis testigos” (Hch 1,8)

Hablar de la Iglesia africana es hablar del ministerio del catequista. En el año 2000 se contabilizaban en toda África 385.897 catequistas. La figura del catequista es la clave para una evangelización que quiere ser inculturada. De esta manera, en toda aldea se busca que, igual que hay un responsable de la “iniciación”, el catequista lo sea –y lo es– de la “iniciación cristiana”: celebra liturgias dominicales, es el rostro de la Iglesia entre sus gentes, está presente con la fe cristiana en los momentos de la vida personal, familiar y tribal.

El catequista es la persona de confianza que sirve de puente para el misionero extranjero. En los catequistas, el misionero tiene el apoyo para poder

aprender la lengua y costumbres, y para avanzar en la actividad evangelizadora en las zonas donde el Evangelio aún no ha sido anunciado. Desde el principio de la evangelización, había en todos los países centros de formación de catequistas, que recibieron un impulso especial después del Concilio Vaticano II. El catequista es un elemento fundamental para la evangelización.

El ministerio del catequista es ejemplo de la misión de África por los mismos africanos. Eaf 56 dice: “La Iglesia en África, tierra que ha llegado a ser ‘nueva patria de Cristo’, nacida de la predicación de valientes obispos y sacerdotes misioneros, ayudada eficazmente por los catequistas –esa multitud tan benemérita de la

obra de las misiones entre los gentiles'— es ya responsable de la misión en el continente y en el mundo: 'Africanos, sois ya misioneros de vosotros mismos', decía en Kampala mi predecesor Pablo VI. Ya que la gran mayoría de los habitantes del continente africano no han recibido aún el anuncio de la Buena Nueva de la salvación, el Sínodo recomienda que se favorezcan las vocaciones misioneras y pide que se fomenten y se apoye activa-

mente el ofrecimiento de oraciones, sacrificios y ayudas concretas en favor del trabajo misionero de la Iglesia".

África está llamada a la misión: "¡Seréis mis testigos!". "Testimoniar el Evangelio con la palabra y con las obras: ésta es la consigna que la Asamblea Especial para África del Sínodo de los Obispos ha recibido y transmite ahora a la Iglesia del continente" (ibid.).

IV. "Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán los hijos de Dios" (Mt 5,9)

África es un continente especialmente convulso desde la descolonización, necesitado de palabras de paz y reconciliación. La Iglesia y sus testigos han mostrado la bienaventuranza que supone trabajar por la paz. Los santos y beatos son los mejores ejemplos de esto: hijos e hijas de la Iglesia africana muestran el heroísmo de la caridad, de la oración, del martirio.

De los tiempos modernos se puede empezar citando a **Cipriano Miguel Iwene Tansi** (Nigeria; fiesta, 20 de enero) y a **Josefina Bakhita** (1890-1947) (Sudán; 8 de febrero). Santa Josefina fue vendida cinco veces como esclava; tras su deportación a Italia, se hizo religiosa en el Instituto de las Hijas de la Caridad (Hermanas Canosianas). Cómo no recordar también a los **Mártires de Uganda: Carlos Lwanga** y otros 21 jóvenes (3 de junio), quemados vivos por Mwanga, rey ugandés de los baganda, por su adhesión a la fe cristiana; junto a ellos fueron muertos por razones religiosas once protestantes, ocho "paganos" y un musulmán.

Para continuar, **Isidoro Bakanja** (1885-1909) (15 de agosto), joven catequista congoleño (zaireño) que, mandado azotar por su amo belga, hostil a las prácticas religiosas, murió perdonándole; **Vitoria Rosoamarivo** (Madagascar; 21 de agosto); **Guebra Michael** (Etiopía; 1 de septiembre) y **Clementina Anuarite Nengapeta** (1939-1964) (1 de diciembre), religiosa congoleña (zaireña) que murió mártir por mantenerse fiel a su voto de castidad cuando el coronel de los simbas quería hacerla su mujer. Y hay que mencionar asimis-

mo a los beatos **David Okelo** y **Gildo Irwa** (Uganda; 20 de octubre). Y a muchos Siervos de Dios cuyos procesos de beatificación han comenzado en sus respectivas comunidades y diócesis.

Muchos mártires tienen los tiempos modernos en África. Y año tras año se suman a la lista del "martirologio" africano y de la Iglesia universal testigos diversos que han muerto en variadas circunstancias cuando misionaban, ejercían su ministerio o simplemente vivían con los humildes en busca del bien. En el 2003 esta lista se inicia el 11 de marzo, con **Dieudonné Mvuzolo-Tovo**, sacerdote diocesano de la R. D. del Congo, y se cierra con el Nuncio en Burundi, Monseñor **Michael Courtney**, el 29 de diciembre. En mayo de ese año murieron violentamente dos sacerdotes diocesanos en la R. D. del Congo, en tanto que en Uganda fueron asesinados cuatro seminaristas menores, de un total de 41 que habían sido secuestrados; otros de estos seminaristas lograron huir y los demás siguen en manos de los rebeldes.

Mirando años atrás, se puede recordar también a **Emile Biayenda**, Cardenal-Arzbispo de Brazzaville, asesinado el 22 de marzo de 1977 por defender a su pueblo. El 16 de febrero de 1992, en Kinshasa, **más de 10 cristianos** fueron asesinados por las tropas de Mobutu; reclamaban pacíficamente la reapertura de la Conferencia Nacional Soberana, símbolo del camino hacia la democracia en el país. Todos ellos, en circunstancias distintas, son testigos de la bienaventuranza del Evangelio. Testigos del Señor, sembradores de semillas de paz y justicia.

Para la reflexión personal

Después del estudio del “Desarrollo expositivo”, dedica un tiempo a su comprensión para dar el paso al compromiso:

- 1 ¿Qué diferencias y qué semejanzas encuentras entre un catequista en España y un catequista en África? Esa comparación, ¿qué te sugiere personalmente para tu vida cristiana misionera? Recuerda el texto de EAF 56.
- 2 Quizá en tu diócesis, incluso en alguna parroquia cercana, has visto a un sacerdote o religiosa de origen africano. ¿Conoces quién es y por qué está en estas tierras europeas? Al mismo tiempo, ¿puedes descubrir algún misionero de tu entorno que trabaje en la misión de África?
- 3 En el momento en que estudias este tema, ¿qué conflictos armados están activos? ¿Cuántos de ellos tienen lugar en África?

Para el trabajo en grupos

Pistas para avanzar hacia una mejor comprensión de los retos evangelizadores de África:

- 1 *“Pensamos en las Iglesias cristianas de África, cuyo origen se remonta a los tiempos apostólicos y está ligado, según la tradición, al nombre y predicación del evangelista Marcos. Pensamos en la pléyade innumerable de santos, mártires, confesores y vírgenes que pertenecen a ellas. En realidad, desde el siglo II al siglo IV la vida cristiana en las regiones septentrionales de África fue intensísima e iba en vanguardia tanto en el estudio teológico como en la expresión literaria”* (Pablo VI, citado en EAF 31). Son relativamente populares los santos de la Iglesia africana de los primeros siglos; ¿sabrías decir algunos?
- 2 Haced un mural con rostros africanos de Cristo y con realidades africanas expresadas en titulares o fotos de prensa. Servíos para ello de los periódicos, revistas misioneras, páginas *web*, etc. Una relación de las congregaciones y sociedades misioneras para África, con sus revistas y medios de comunicación, así como sus páginas de Internet, será el comienzo de este trabajo.
- 3 Los emigrantes africanos nos recuerdan la situación social y económica en que está el continente... Las campañas de Amnistía Internacional, por ejemplo, denuncian la transgresión de los derechos humanos en África... ¿Qué puede hacer un cristiano ante tanta injusticia? Diseñad un programa de actividades posibles para un grupo parroquial.
- 4 ¿Qué santo fundador de una congregación misionera para África tenía como lemas “África o muerte” y “Salvar África por medio de los africanos”?

TESTIMONIO

EL DESAFÍO MISIONERO DE “BABA SIMÓN”

Todos le conocían como “Baba Simón”: animistas, cristianos, musulmanes. Apenas puestos sus pies descalzos por el extremo norte del Camerún, decidió plantar su tienda en la llanura de Kudumbar –en lengua “zulgo”, ‘tierra de luchas’–, escenario de durísimos enfrentamientos entre los “kirdi” autóctonos, primitivos habitantes del lugar, y los “peuls” invasores. Allí se habían librado mil contiendas entre etnias enemigas; los espíritus del mal poblaban la llanura... Allí se instaló, y desde allí comenzó a poner sus manos, día tras día, sobre las cabezas de cuantos acudían curiosos a ver a aquel hombre extraño, vestido con una sotana blanca, pero que ino era extranjero!, sino negro como ellos, y que se presentaba como sacerdote y misionero.

Nacido en el sur de Camerún en 1906, sus padres le pusieron el nombre de Mpecke, que mantuvo pese a que cuando optó por el bautismo recibió el de Simón. En plena juventud, pasó al seminario y, ya sacerdote, se le confió la parroquia de New-Bell, en Douala, principal ciudad del país. En 1959 éste accedió a la independencia y, al poco, se fue manifestando una aguda tensión entre el norte (con poblaciones de origen sudanés, musulmanas, y con seguidores de las religiones primitivas o animistas, mayoritarios y, a lo sumo, con un ligero barniz islámico) y el sur (principalmente de raza bantú y donde los cristianos daban un aire de modernidad y desarrollo). Los funcionarios del nuevo estado que eran enviados al norte se consideraban castigados.

Baba Simón miraba atento esta situación. Si se enquistaba, daría al traste con el proyecto nacional. Además, no podía haber dos Iglesias católicas, una al sur, dinámica, y otra al norte, reducida a la mínima expresión, acoplejada. A Baba Simón le costó mucho convencer a parientes, feligreses, amigos y compañeros sacerdotes de que su puesto estaba en el norte, como misionero de una difícil reconciliación. Su obispo tampoco lo veía claro, pero él seguía terco, insistente, perseve-

rante... Llegó un obispo nuevo, Mongo, que un día dejó al padre Mpecke expresarse más de la cuenta. Tras escucharle atentamente, le dijo: *“Me pides pasar al norte de Camerún. No te lo permito, amigo; te lo ordeno. Si allá arriba te preguntan por qué has ido, les responderás que el obispo Mongo te ha enviado...”*.

Recorrió más de mil difíciles kilómetros hasta llegar a los “kirdi”; para él no era nada pensando en la distancia recorrida por los misioneros europeos *“para traernos a Jesucristo”*. Y decía: *“He venido a traerles un amigo. Antes y más allá que una religión: Jesucristo..., fidelidad de Dios para todo hombre...”*. *“Jesucristo tiene que tomar el rostro ‘kirdi’ para salvar a todos los ‘kirdi’... Al oír hablar de Jesucristo, los ‘kirdi’ comprenderán mejor su relación con Dios como Padre...”*. Con esta sabiduría recorría un poblado, un barrio, tras otro. Al caer la tarde, cuando los campesinos, cansados, se sentaban alrededor del fuego, Baba Simón les hablaba de Jesucristo. Dos, tres semanas después, seguía adelante a otra aldea. Le invitaban a volver; lo hacía dos y tres veces. Se bautizaban y recibían la Eucaristía los que conocían bien el Evangelio y vivían según éste. Creó un cuerpo de catequistas. Cada sábado, bajo un gran tamarindo, se reunían todos con Baba Simón antes de llevar la Palabra del domingo a las aldeas.

El primer cristiano de su misión dejó este testimonio el año de 1975 en que falleció: había conocido al “abbé Mpecke” en mayo del 59; siempre lo vio como un misionero distinto, que abrazó las costumbres de los “kirdi”, a los que amaba y respetaba; no tenía distinciones entre personas o tribus, sólo se ocupaba de Dios y de mejorar las condiciones de vida de la gente; oraba mucho para que el camino difícil que había iniciado tuviera un buen fin...

Así es: más de 2.500 misioneros africanos están fuera de su tierra, y se cumple el sueño de Baba Simón, que expresaría Pablo VI con estas palabras al visitar África por vez primera: *“Sed misioneros de vosotros mismos”*.

ORACIÓN

ORACIÓN A MARÍA, MADRE DE LA IGLESIA

*¡Oh María!, Madre de Dios
y Madre de la Iglesia,
gracias a ti, en el día de la Anunciación,
al alba de los tiempos nuevos,
todo el género humano, con sus culturas,
se alegró de descubrir
que podía recibir el Evangelio.*

*En vísperas de un nuevo Pentecostés
para la Iglesia en África,
Madagascar e islas adyacentes,
el Pueblo de Dios con sus Pastores
se dirige a ti y contigo implora:
que la efusión del Espíritu Santo
haga de las culturas africanas
lugares de comunión en la diversidad,
transformando a los habitantes
de este gran continente
en generosos hijos de la Iglesia,
que es Familia del Padre,
Fraternidad del Hijo,
Imagen de la Trinidad,
germen e inicio en la tierra
de aquel Reino eterno
que tendrá su plenitud
en la Ciudad cuyo constructor es Dios:
Ciudad de justicia, de amor y de paz.*

(Eaf 144; oración compuesta por los obispos
al final del Sínodo sobre África)